La noche en equilibrio

Ismael Martínez Biurrun

I

La casa

1

Serván dejó el vaso sobre la mesa y observó cómo se deslizaba un punto negro por el nimbo del vino en el cristal. Entonces dijo que iba a contarle algo que nunca le había contado a nadie. «Un secreto», celebró Lili. Él inclinó la cabeza, rebuscando una palabra mejor. «¿Cuenta como secreto una cosa absurda de hace cuarenta años y que no tiene ninguna importancia para nadie?». Ella dijo que no la recordaría si no fuera importante para él. Serván sonrió. Su cara parecía flotar sobre las sombras de la vieja cuadra reconvertida en garaje y bodega.

«Una tarde, en mitad de las vacaciones...», comenzó.

Liliana se subió la cremallera del cuello de su jersey y se apartó un mechón de los ojos para no perder detalle. Llevaban veinte años juntos y ella no recordaba haber visto aquella expresión en el rostro de su marido.

Una tarde, en mitad de las vacaciones, el padre de Serván le pidió que lo acompañara allí abajo. La bodega no tenía un aspecto muy diferente al de ahora, pero sí otro olor. Un enjambre de olores vivos, desconocidos por el niño, salvo dos: el del vinagre que fermentaba en varias garrafas de cristal, sus bocas tapadas con unas medias de color beige, y el del Renault 12 de la familia, que incluso

detenido sobre el suelo de cemento parecía exhalar su aliento de motor.

—Ten cuidado en dónde pones el pie.

Su padre lo guio por entre unas pilas de cajas hasta el rincón más apartado de las ventanas. Casi a ciegas, Serván tuvo que conjeturar cada paso entre herramientas, latas de pintura y fardos de leña. La forma de un bidón metálico cobró densidad en la oscuridad. Tenía la misma altura que él, un niño de seis años, y estaba tapado con un corte circular de aglomerado.

—Apártate —dijo el padre, y retiró el tablón a un lado.

El olor que salió del fondo tenía algo de puerto. Serván pensó en aquella vez que le dejaron acercarse a un barco alzado en dique seco, en el pueblo de su madre; el hediondo paisaje de limo, algas y moluscos adherido al casco, como el hemisferio oculto de un planeta. Erguido sobre la punta de los pies, pero sin atreverse a tocar el bidón, atisbó un brillo líquido en su interior. Agua tan negra como la noche que ya comenzaba a cerrarse afuera; noche de pueblo.

—Súbete ahí.

Serván notó la presencia de un ladrillo gris junto a la base del bidón y se encaramó. Cuando volvió a asomarse, el óvalo de la superficie seguía decepcionantemente opaco a su mirada. Entonces comprendió que allí dentro no había nada más que agua sucia, y buscó la sonrisa burlona del padre, pero en sus ojos nadaba una sinceridad estremecedora.

—No hay nada —dijo el niño.

—No se ven, pero están ahí. Los corales de Neptuno.

Serván volvió a mirar. La vibración de sus cuatro manos en el borde metálico hizo bailar unas ondas sobre la superficie, y por un instante creyó haber visto algo. Pero ni siquiera sabía qué buscaba.

—Son como piedras —explicó el padre—, pero están vivos. ¿No hueles la sal? Necesitan agua salada, como la del mar. Y oscuridad. Es muy importante que nunca les dé la luz.

—¿Qué hacen?

—Eso es lo mejor de todo: son un misterio. ¿Sabes lo que es un misterio? —No vio cómo su hijo asentía—. Algo que no puedes explicar con palabras, porque nadie te creería. Solo lo puedes percibir con los sentidos y con el corazón. Por eso no se lo puedes contar a nadie, Serván. ¿Lo entiendes?

—Sí.

La voz de su padre pareció agacharse para entrar en una cueva:

—Los corales de Neptuno son muy especiales. Son bioluminiscentes. Eso significa que se iluminan cuando comen. ¿Y sabes qué comen?

—Qué.

—Malos pensamientos.

—¿Qué dices?

Sonó como si su padre ahogara un brote de risa, antes de decir:

—¿Sabes por qué lo pasamos tan bien todos los veranos aquí? ¿Por qué siempre estamos de buen humor?

Serván se esforzó por descifrar el rostro de su padre en la penumbra. Su aliento olía como muchas veces después de cenar, y el niño recordó cuando un policía les paró en la carretera y obligó a su padre a poner la boca en un tubito blanco; luego tuvieron que esperar a un taxi, sentados en unas piedras del arcén, y todos estaban de muy mal humor.

—Cada vez que cualquier persona de esta casa tiene malos pensamientos —su padre tocó la superficie con la punta del dedo—, los corales pueden percibirlos y absorberlos. Nadie sabe cómo lo hacen, pero lo hacen. Te parece increíble, ¿no?

—No sé.

Entonces Serván recordó una historia que había contado mamá sobre el tío abuelo Alfredo: que un día empezó a echar espuma por la boca, y a pegar a su mujer y a sus hijos, y tuvieron que encerrarlo en un hospital distinto de los demás hospitales. Intentó imaginar cómo sería su vida si se llevaran a su padre y él tuviera que vivir solo con mamá.

—¡Mira!

Los ojos del niño regresaron al bidón y sus labios se separaron en una bocanada de asombro.

Unas luces áureas centelleaban allí abajo, convirtiendo el limo negro en una miel cristalina. Se daban paso unas a otras con elegancia, como en una danza de blanco y oro.

Dibujaron un patrón de líneas y espirales de palpitante intensidad, en una especie de función de teatro, los títeres más extraños que Serván hubiera visto, y al cabo de un minuto se extinguieron igual que habían aparecido, en silencio.

—Ese ha sido uno bien gordo —dijo el padre, y soltó una carcajada.

Serván estiró el cuello hasta casi rozar el agua con la nariz, pero el espectáculo había concluido. Advirtió que su padre se disponía a cubrir de nuevo el bidón.

—¡No! —protestó—. ¿Puedes hacerlo otra vez?

La risa del padre se desvaneció en la oscuridad como el brillo de los corales. Ladeó la cabeza; una escora de arrepentimiento por lo que acababa de hacer.

—Atiende, Serván —dijo, después de colocar la tabla—. Yo no he hecho nada. Solo soy el cuidador. Eso significa que nadie más puede abrir este bidón. Los corales son muy peligrosos, ¿lo entiendes? Si los tocas con la mano te podrían hacer mucho daño. Pero también son muy frágiles; se pueden morir si alguien quita la tapa cuando no es la hora. ¿Lo entiendes? Me ha costado mucho encontrarlos.

El niño asintió firmemente con la cabeza y luego dijo «sí», por si acaso. Él también quería mostrarse como un cuidador responsable, aunque adivinó que ya era inútil. Los movimientos del padre habían adquirido un brío culpable, casi violento, mientras recolocaba las cajas, de manera que el acceso al bidón fuera lo más difícil posible. De hecho, terminó dejándolo completamente oculto.

Cogieron varios botes de conserva y los subieron a la cocina, donde mamá llenó tres tazas de melocotón en almíbar que se comieron sentados frente al televisor. Mientras ignoraba las caras serias y murmurantes de la pantalla, Serván se dedicó a recrear en su mente el espectáculo de luces doradas; inventó nuevos patrones llenos de ondas, saltos y estallidos en el universo negro de aquel bidón, y los envolvió con una banda sonora de cantos siderales, mejor que la de cualquier película, hasta que, sin darse cuenta, se quedó dormido en el sofá.

Tres días después encontró a su padre en el garaje, inclinado sobre el motor del Renault. Se acercó y le preguntó si podía mirar otra vez los corales.

El hombre ni siquiera levantó el rostro. Canturreaba una canción —siempre la misma, ¿cómo es que Serván ahora no conseguía recordarla?—, sudaba a chorros y sus manos estaban negras de grasa. Ante la tozuda presencia del niño, le dirigió una sonrisa de cera y dijo:

—Sube con tu madre, anda.

Serván se marchó con las mejillas enrojecidas como si lo hubieran abofeteado. ¿A qué había venido toda la historia de los corales, entonces? ¿Se reía de él?

Mientras subía las escaleras con fuertes pisadas, sin embargo, sintió que la rabia, el desconcierto y la humillación encontraban un hueco donde aposentarse en su cabeza y de pronto todo estaba en orden, otra vez. Decidió que ya no quería volver a asomarse dentro de aquel pestilente bidón. Se le ocurrían veinte cosas mejores que hacer.

Y ahí acabó todo. Nunca volvió a mencionar los corales, ni la conversación que mantuvieron en aquel penumbroso rincón. No temía el desprecio o el castigo de su padre; simplemente, su cabeza y sus manos se llenaron de otras cosas. Fue un verano caluroso y extraño, aunque de lo último solo se dio cuenta mucho tiempo después, al recordarlo. Mamá de pronto empezaba a reír sin ningún motivo, en mitad de la cena o mientras arreglaba las camas, por la mañana. Luego meneaba la cabeza y mentía: «Nada, me he acordado de una tontería». El padre gastaba los días ayudando a los vecinos del pueblo; no importaba la faena, con tal de pasar el rato con ellos. Terminaba invitándolos a un vino o dos en el único bar. Serván, por su parte, se empezó a alejar cada día un poco más por la ribera del río, imaginando cacerías fantásticas, y regresaba fatigado, siempre más tarde de lo debido, para encontrarse con que nadie estaba verdaderamente preocupado.

Fue un verano sin malos pensamientos, al fin y al cabo.

—Tranquila, ya no están —dijo Serván, al ver que Lili torcía instintivamente el cuello para buscar el bidón—. En algún momento se los llevó, no sé cuándo.

—¿Ni siquiera le preguntaste dónde había encontrado los corales?

Notó cierta cautela en la voz de su mujer; aún no estaba segura de si aquel recuerdo pertenecía al archivo de lo sagrado o lo maldito.

—Los corales de Neptuno no existen, lo miré —dijo él—. Lo que escondía mi padre no eran más que unas piedras normales. Y un poco de borrachera, a lo mejor.

—Pero tú viste esas luces.

—Tal cual te lo he contado. —Se rascó con fuerza por debajo de la nuca, como si hubiera notado el ascenso de un insecto. Luego se obligó a sonreír, tal vez para camuflar otro gesto—. Pero no tengo ni idea de cómo lo hizo. Solo una vez intenté preguntárselo. Pero en cuanto empecé a hablar me pareció que le entraba una especie de miedo o vergüenza, y me callé.

Una zanja de silencio se abrió detrás de aquella frase, y ella lo respetó. Pero persistía la pregunta de por qué había sentido la necesidad de romper el sello de aquel pequeño secreto después de tanto tiempo. ¿Era el simple hecho de encontrarse en el mismo lugar, los dos solos? ¿Eran las copas de tinto que ella había insistido en rellenar, a pesar de que él nunca bebía más de una?

—¿Subimos? —propuso Serván, y ella asintió, aliviada, porque el silencio siempre da un poco de frío.

Encendieron la chimenea, aunque era una medida exagerada, solo para comprobar que había valido la pena el dinero invertido en su puesta a punto, meses atrás. De inmediato, el movimiento de las llamas tras el cristal dio un nuevo relieve a todas las sombras repartidas por el salón. Sobre la larga mesa, Lili había dispuesto las cosas que había ido encontrando por la casa y le parecían interesantes: un radiocasete Panasonic de doble pletina, una caja de cintas, un juego de estrategia, un flexo metálico,

un puñado de cómics, una diana de dardos, un garaje de coches de juguete. Pensó que con aquello podría montar una obra de teatro ambientada en los ochenta. Una pieza breve, quizá para un solo personaje. Hacía tiempo que no escribía teatro. Serván se marchó a la cocina, donde todavía había mucho por limpiar, y ella se quedó examinando una vieja cámara Sony Handycam.

La casa Menagaray tenía dos plantas por encima de la bodega. Era un rectángulo grande y feo, con un farol sobre el tejadillo de la entrada, como si se tratara de alguna clase de edificio oficial en desuso, un cuartel o un dispensario donde uno podía acudir si lo necesitaba en mitad de la madrugada. La carretera que venía del pueblo —fue el abuelo de Serván quien pagó la brea y las máquinas para asfaltarla— caracoleaba por una colina de enormes rocas, y no había invierno en que la nieve no la bloqueara durante una o dos semanas. Pero ya nadie quería ir allí en invierno.

—Mañana tenemos que pasar por el Leroy Merlin antes de ir a buscar a los chicos. Hay que comprar silicona para el fregadero. —Serván apagó la luz de la cocina y regresó al salón, que estaba también a oscuras, animado solo por la hoguera y por la música de sintetizadores que había empezado a sonar en el radiocasete—. Madre mía, ¿eso es Alphaville?

Ella no dijo nada. Bailaba frente al cristal de la chimenea vestida solo con una camiseta Puma que le caía por debajo de las caderas.

You did what you did to me

De modo que Serván se quitó las botas, cruzó el salón y se unió a ella.

Things will happen while they can

Él sonreía. Ella no. Le cogió una mano y la llevó al interior de su camiseta.

It's easy when you're big in Japan

Él dijo: «Sabes que es un cliché hacerlo delante de la chimenea, ¿no?», pero no estuvo seguro de si ella iba en serio —llevaban una pequeña temporada sin hacer el amor, aunque no hablaban de ello, para que no se convirtiera en un *asunto*— hasta que ella comenzó a desabrocharle los vaqueros. Se había puesto una sombra de ojos verde, discotequera, y su mirada tenía una compostura diabólica.

Solo al terminar, sentados sobre la colcha que habían extendido en el suelo y con la espalda apoyada en los pies del sofá, Serván reparó en la lucecita roja que brillaba en la sombra, un par de metros por encima de ellos.

—¿Nos has grabado? —dijo.

Ella tardó en responder:

—No sé. —Aún trataba de identificar qué había en la pregunta de él, además de perplejidad—. Quería probar la cámara. No creo que funcione.

Se levantó, se acercó al trípode y pulsó un botón para detener la grabación mientras Serván la observaba desde abajo. A él le pareció que el cuerpo de Lili sufría una mutación, recuperaba una edad y una vulnerabilidad que no estaban presentes poco antes. Sintió la urgencia de darle un último beso.